

LAS BIBLIOTECAS POPULARES COMO ASOCIACIONES CÍVICAS

EL PAPEL DE LAS BIBLIOTECAS EN LA CREACIÓN DEL AMBIENTE POLÍTICO Y SOCIAL DEL GRAN BUENOS AIRES ANTERIOR A 1945*

JOEL HOROWITZ**

En el Gran Buenos Aires, en las primeras décadas del siglo xx, una porción significativa de la población tenía hambre de libros. Los libros proporcionaban entretenimiento, que no estaba fácilmente disponible de otro modo. Además, eran vistos como un modo de superación personal. Esto fue así tanto para las élites, que vieron en los libros la posibilidad de mejorar la sociedad incrementando las habilidades y el carácter de los demás, pero también para muchos individuos de los segmentos más pobres de la sociedad que vieron los libros como parte de un camino hacia el progreso social y económico. Muchos integrantes de la clase trabajadora también consideraron el aprendizaje como un camino hacia la superación moral personal, lo cual solo diferiría parcialmente de la visión de las élites. En el Gran Buenos Aires, el deseo de leer era reflejo de altas tasas de alfabetización, de una creciente disponibilidad de tiempo dedicado al ocio y de una arraigada creencia en la posibilidad de progreso personal a través del trabajo y el conocimiento. Las instituciones creadas para satisfacer el deseo de lectura se convirtieron en un foco de los políticos que esperaban captar seguidores en un entorno político cambiante, dado que el voto cobró real importancia por primera vez.

El Estado argentino fracasó en el desarrollo de un nivel mínimamente aceptable de bibliotecas. Este artículo analizará cómo los habitantes del Gran Buenos Aires tomaron cartas en el asunto, creando sus propias instituciones –bibliotecas populares–, que solo satisfacían parcialmente las necesidades de la ciudad. También

* Quisiera agradecer a Mariano Ben Plotkin, Gardenia Vidal, Sarah Horowitz, Nils Jacobsen, Jonathan Abelard, Alejandro Cattaruzza, Lila Caimari y a los participantes de dos seminarios en Buenos Aires y otro en Albany (Nueva York) por sus perspicaces comentarios sobre versiones anteriores de este artículo. También me gustaría agradecer al revisor del artículo por sus consideradas sugerencias. Traducción: Carlos Schröder.

** Profesor emérito, Departamento de Historia, St. Bonaventure University; <jhorowit@sbu.edu>.

explorará cómo los políticos de diferentes partidos se valieron de estas instituciones para ayudarse en la construcción de bases políticas en los barrios. Se mostrará además cómo a pesar de los deseos de muchos de sus fundadores, los usuarios de las bibliotecas preferían la ficción a otros tipos de lectura. Se demostrará que el fracaso para construir una red de bibliotecas públicas, o para dar más apoyo a las iniciativas privadas, se debió al interés de los políticos en sostener el sistema existente, el cual permitió a ellos, o a los aspirantes a la política, a establecer conexiones personales en los barrios.

Los residentes de Buenos Aires exhibieron un enorme deseo de leer y crearon un importante número de bibliotecas populares, las cuales llenaron parcialmente el vacío dejado por el Estado. Esto reflejaba una tendencia más amplia en la historia institucional del Gran Buenos Aires. Desde el esparcimiento hasta la provisión de servicios locales, las estructuras gubernamentales respondieron con lentitud y los habitantes actuaron por sí mismos. Estos dieron origen a una serie de instituciones, desde clubes de fútbol con sus innumerables oportunidades de recreación hasta sociedades de fomento.

El presente artículo examinará además cómo, a pesar de la exitosa creación de asociaciones cívicas, estas no se convirtieron en centros de enseñanza democráticos al estilo de Tocqueville, sino que muchas fueron colonizadas por políticos que esperaban crear una base de apoyo. Esta tendencia no se limitaba a ninguna ideología o partido en particular, ya que casi todos ellos desempeñaban papeles clave. Las bibliotecas también sirvieron como importantes centros sociales a la vez que proporcionaron libros para la escuela y para el entretenimiento.

Asimismo, se analizará brevemente la historiografía argentina en relación al papel de las asociaciones cívicas en democracia. Luego, se considerará la naturaleza de la ciudad en la que se crearon las bibliotecas, seguido de un examen del papel de los políticos y la creación de bibliotecas populares. Se discutirá, además, cómo funcionaron las bibliotecas y sus limitaciones reales. Por otro lado, se mostrará que, a pesar de los deseos de muchos de los fundadores de las bibliotecas, la mayoría de los lectores parecían preferir la literatura popular; sin embargo, el creciente número de estudiantes creó una demanda de libros destinados a la tarea escolar.

La discusión sobre la cultura cívica en la Argentina

La discusión sobre la importancia de las asociaciones cívicas en las democracias surge de los escritos de Alexis de Tocqueville del siglo XIX sobre los Estados Unidos. En los últimos años, el trabajo de Robert Putnam –sobre ese mismo país– ha ayudado a renovar la atención sobre las asociaciones cívicas. El énfasis en los vínculos entre ellas y la democracia ha llevado al desarrollo del concepto de *capital social*. Esto puede definirse aproximadamente como que el interés y la participación en el gobierno deben ubicarse en una red de relaciones sociales mutuas. Las asociaciones formales como las informales enseñan las habilidades y actitudes necesarias para el desarrollo de la democracia. Ellas pueden también mediar entre el mundo de la política y la sociedad en general (De Tocqueville, 2000; Putnam, 2000: 19, 338-339, 345-346; Sabato, 2001: 12). Aunque otros comentaristas han otorgado más énfasis al diseño de las instituciones o a los factores socioeconómicos, sin duda se adjudicó a las organizaciones cívicas un papel significativo en la creación de

una atmósfera apta para las democracias saludables (Almond y Verba, 1965: 245; Putnam, 1993: 10-11, 90-91, 183).¹

En la Argentina, el estudio de tales organizaciones y sus aparentes vínculos con la política democrática provino del trabajo de un grupo de jóvenes historiadores, quienes, cuando la última dictadura militar llegó a su fin a principios de los años ochenta, comenzaron a buscar las raíces recuperables de una tradición democrática. Hilda Sabato, Luis Alberto Romero y Leandro Gutiérrez, sus estudiantes y otros han demostrado que los habitantes del Gran Buenos Aires construyeron una densa red de asociaciones cívicas a partir de mediados del siglo XIX. Estos estudios iniciales vincularon directamente las asociaciones cívicas con la creación de tradiciones y prácticas democráticas.²

El ritmo de la creación de asociaciones cívicas se intensificó en el período que transcurrió entre las dos guerras mundiales, que es aquel que aquí más nos interesa. Los porteños fundaron una amplia gama de sociedades de ayuda mutua, bibliotecas populares, asociaciones de fomento, sindicatos y clubes de fútbol y sociales a medida que Buenos Aires crecía en población y superficie. Casi todos, al menos en los papeles, siguieron procedimientos democráticos. La creación de asociaciones cívicas sigue un patrón que se puede observar en muchos países de la Zona Atlántica aproximadamente al mismo tiempo. Es difícil evaluar si los habitantes de Buenos Aires tuvieron más o menos éxito en la creación de asociaciones cívicas que otras sociedades.³

La investigación limitada que se ha hecho hasta ahora sobre las bibliotecas populares en Buenos Aires fue al principio optimista sobre su impacto en la sociedad y se las consideró como elementos importantes de una creación de la democracia desde la base; eran lugares transformadores.⁴ Sin embargo, en años recientes, algunos de los iniciadores del estudio de las asociaciones cívicas en la Argentina se han vuelto mucho menos optimistas acerca de su papel, lo que refleja una tendencia general que se verificó también en otras regiones del mundo.⁵ En la Argentina, esta visión menos optimista refleja en parte la accidentada historia de la democracia del país, a pesar de la impresionante creación de organizaciones dirigidas por sus habitantes. La historia argentina de 1930 a 1983 fue perforada por golpes militares y dictaduras; incluso el camino de la restauración democrática después de 1983 no ha sido sencillo.

El análisis presentado aquí apoyará la visión menos optimista sobre las asociaciones cívicas y respalda las observaciones hechas sobre Europa en el volumen editado por Nancy Bermeo y Philip Nord (2000), de que los impactos a largo plazo de las asociaciones cívicas dependen de las sociedades en las que se desarrollan. Esta observación, aunque en sí misma no es sorprendente, nos permite ver más allá de las asociaciones cívicas en términos simples. Estas fueron configuradas, en la

1 En lo referente a la importancia de la cultura cívica en la tradición democrática de América Latina, véase Foment (2003).

2 "¿Dónde anida la democracia?", *Punta de Vista*, N° 15, agosto/octubre, 1982, pp. 6-10. Véanse, por ejemplo, Gutiérrez y Romero (1995); Sabato (2001); De Privitellio (2003).

3 Dada la naturaleza de las fuentes secundarias y la dificultad para definir cuáles organizaciones son asociaciones cívicas, es imposible establecer una estimación válida sobre si la densidad de dichas instituciones era mayor que en otros países. Como fuere, su mero número es impactante.

4 Véanse artículos en Gutiérrez y Romero (1995); para un análisis menos optimista, véase Romero (2006: 33-57).

5 Examinar, por ejemplo, Di Stefano, Sabato, Romero y Moreno (2002); De Privitellio y Romero (2005); Riley (2010).

Argentina, por el sistema político que surgió en los primeros años del siglo xx. Los políticos buscaron crear bases de apoyo vecinal, y las asociaciones cívicas, incluso las bibliotecas, se convirtieron en lugares ideales para extender su influencia. Las instituciones necesitaban asistencia financiera y política, y los políticos buscaban apoyo popular; sus necesidades eran coincidentes.

Antecedentes

Con la Ley Sáenz-Peña de 1912, que hizo más difícil el fraude electoral, y con el voto obligatorio para los ciudadanos varones adultos, tanto votos como votantes se volvieron verdaderamente decisivos para lograr el éxito político (Horowitz, 2008). El momento de la apertura del sistema político –que coincidió con el aumento de asociaciones cívicas en Buenos Aires durante las primeras décadas del siglo xx– fue esencial, ya que permitió que las asociaciones cívicas fueran profundamente penetradas por una clase política que buscaba formas de establecer apoyo entre los votantes. Al igual que otras organizaciones de participación vecinal o barrial, las bibliotecas proporcionaban a los políticos una base de vecinos, un entramado de amigos y conocidos que podían ver al político como a uno de ellos; podían ser vistos compartiendo las lealtades y los valores de sus vecinos. El político ayudaba a un gran grupo de personas que, a cambio, podía ofrecer apoyo político. La ayuda a una biblioteca popular podía desarrollar lo que he dado en llamar *capital político*: un núcleo de personas que se sentían vinculadas al político debido a las relaciones mutuas.

El capital político podía producir suficiente apoyo para ayudar en el lanzamiento de una carrera política en un entorno en el que la construcción de una base de apoyo vecinal era esencial para iniciar tal emprendimiento (Horowitz, 2008 y 2017). En general, solo creando una base tal los políticos podían ganar un lugar alto en las listas electorales del partido para asegurarse un puesto electivo. Con frecuencia, los políticos desempeñaban papeles importantes para las bibliotecas populares y otras organizaciones barriales. Ayudaban a obtener fondos o prestaban algún otro tipo de apoyo. Sus roles tendían a ser menos evidentes que, por ejemplo, en los clubes de fútbol, ya que las bibliotecas eran entidades más pequeñas, con muchos menos miembros y aportaban menos publicidad. Sin embargo, las bibliotecas solían formar parte de la red de organizaciones en las que los políticos desarrollaban su actividad. Tales relaciones tendían a ser mutuas. Las bibliotecas necesitaban ayuda para obtener fondos o edificios y llegaron así a depender de los políticos.

Aunque muchos entre quienes habían ayudado en la creación o administración de las bibliotecas populares tenían objetivos políticos o patrióticos para mejorar a la sociedad o a sí mismos, es obvio que muchos lectores perseguían el placer de la lectura. El grupo preponderante de libros leídos eran de literatura. Los lectores de las bibliotecas, como se verá, no estaban distribuidos homogéneamente entre la población; eran mayoritariamente varones. Más sorprendente aún era que en su mayoría fueran nacidos en la Argentina, aunque el 49% de los residentes de Buenos Aires hacia 1914 eran extranjeros (Comisión Nacional del Censo, 1916, II: 109). Esta discrepancia no puede ser explicada por el hecho de que casi la totalidad de los libros estuvieran en castellano, ya que el segundo grupo inmigrante más importante era el de los españoles, luego de los italianos; estos últimos, después de unos pocos años en el país, podían haber accedido con facilidad a la lectura en castellano de haberlo querido. Incluso, una biblioteca

popular cuya publicación era mayoritariamente en idish tenía más libros en castellano que en otros idiomas (Biblioteca Popular del Centro de Cultura Juventud Israelita de Boca y Barracas, 1931: 47-48). La naturaleza de los lectores hacía de las bibliotecas un lugar ideal para buscar el apoyo político, ya que solo los varones adultos, nacidos en la Argentina, podían votar, y pocos inmigrantes se naturalizaban ciudadanos.

El período comprendido entre 1916 y 1930 vio el primer funcionamiento real de la democracia, aunque con todas las complicaciones de un sistema nuevo. El golpe militar de 1930 derivó en un gobierno dictatorial que se extendió por un año y medio. Le siguió un régimen que tenía la fachada de la democracia, pero estuvo marcado por el fraude electoral y, entre 1932 y 1935, por la abstención del partido mayoritario, el Partido Radical. Así y todo, en la ciudad de Buenos Aires las elecciones fueron justas, y en otros lugares el atraer apoyo siguió siendo importante.

La Guerra Civil Española y luego la Segunda Guerra Mundial aumentaron las tensiones políticas. Los militares volvieron a tomar el poder en 1943, lo que dio el comienzo al proceso por el cual Juan Domingo Perón fue elegido presidente. Sin embargo, como veremos, el número de asociaciones cívicas siguió aumentando a pesar de la depresión y los problemas políticos durante el período anterior a 1943.⁶

Hacia el inicio del siglo xx, los porteños tenían más tiempo libre que en el siglo anterior y deseaban ser entretenidos y educados. En las décadas siguientes el tiempo libre aumentó gracias a que la jornada laboral de ocho horas y el sábado inglés fueron implementados legalmente. Esto coincidió con el aumento del alfabetismo.⁷ Con frecuencia la gente recurría a los libros y a la lectura. El obvio paralelo al crecimiento de la lectura por placer fue la expansión del fútbol en el período entre 1900 y 1930, tanto para ser practicado como para ser visto. Ambos requerían de la población para crear sus propias organizaciones.⁸

Muchos argentinos estaban convencidos de la posibilidad de ascenso social mediante la educación y el trabajo.⁹ Uno quería ser "algo". Un buen ejemplo es el subtítulo de un relato autobiográfico escrito años más tarde por Leopoldo Bard, un dirigente clave del Partido Radical y miembro de la Cámara de Diputados en los años veinte, quien había inmigrado a la Argentina cuando niño: *La fe puesta en una idea, "llegar a ser algo"*. El escritor vio cumplido los sueños de muchos padres: se recibió de médico. Además, como ilustra claramente su relato autobiográfico, era un ávido lector (Bard, 1957). En cierto sentido, personificaba la importancia de la lectura y, por lo tanto, de los libros. Las bibliotecas eran vistas como esenciales y creadas por activistas barriales de todo tipo.

Los libros y las bibliotecas también proporcionan dignificación moral. Un comentario en el periódico del sindicato de trabajadores telefónicos afirmaba: "Camarada: No olvides que los libros son una de las grandes maravillas del mundo. La lectura purifica los espíritus, la lectura ilustra nuestro cerebro". Al anunciar una serie de conferencias, el mismo periódico comentó que "indudablemente que estos actos, con la meritoria

6 Para un panorama general de este período, véanse Falcón (2000) y Cattaruzza (2001).

7 Esto se da en paralelo con la situación europea; véase Lyons (1999).

8 Los habitantes de Buenos Aires hacían uso de una variedad de entretenimientos, desde las carreras de caballos hasta el teatro. Para una discusión del fútbol en este período, véase Horowitz (2014).

9 La existencia de un amplio marco de movilidad social ha sido objeto de debate. Sin embargo, que haya o no existido es menos relevante para el argumento aquí presentado que la creencia de que sí existió.

labor que desarrolla nuestra Biblioteca [...] el gremio marchará en forma rápida y segura hacia la elevación moral, intelectual y espiritual que ha sido uno de los sanos y nobles propósitos que tiene la fundación de nuestra Federación".¹⁰

Si bien el objetivo de proporcionar material de lectura no cambió demasiado, sí lo hicieron los motivos de los primeros dirigentes de las bibliotecas populares. Algunos individuos –generalmente hombres– querían aliviar su hambre y la de su barrio por los libros. Otros constituían la élite del barrio –también generalmente hombres– quienes querían “elevar” a sus vecinos. Asimismo, estaban presentes las ambiciones políticas de muchos fundadores, así como una variedad de objetivos ideológicos.

El porcentaje de alfabetismo en la ciudad de Buenos Aires era elevado. En 1914, para el grupo mayor a los siete años de edad, era del 82,2%; mientras que para la población nativa, se ubicaba en el 91,6%. En 1936, el porcentaje de alfabetos llegó hasta el 93,3% y para los nativos al 97,6% (Bunge, 1940: 418). Los diarios contaban con una amplia distribución y eran también accesibles en bibliotecas y cafés. Periódicos comerciales, políticos y en lenguas extranjeras competían por los lectores. En 1928, tres periódicos porteños se arrogaban una circulación por encima de los 180 mil ejemplares; el número de lectores continuó en aumento durante la década siguiente. Hacia 1936, cinco periódicos aseguraban contar con una circulación promedio de más de 200 mil ejemplares. Durante este período, algunas editoriales argentinas se las ingeniaron para expandir su alcance con libros y panfletos baratos de todo tenor. Con frecuencia era posible la posesión de un libro completo mediante la compra de una serie de panfletos. Durante el período 1901-1910 el promedio anual de libros publicados en la Argentina era de 400, y entre 1931 y 1935 había ascendido a 750. Para fines de los años treinta, el número de libros publicados en la Argentina se disparó, lo que refleja el crecimiento del mercado y los cambios en el comercio internacional de libros y en la producción local, consecuencia de la Guerra Civil Española. En 1943 el número había llegado a 4.904 (American Society of Editors, 1929: 290; García, 2000: 34 y 97; Sarlo, 2003: 19-20; Cane, 2011: 33-47; Cedro, 2012; Diego, 2015: 113-136).

Sin embargo, en Buenos Aires, para aquellos con ingresos limitados, la compra regular de libros continuó siendo difícil. En enero de 1930, la lista de precios de treinta libros, preparada por una biblioteca popular, sumaba los 119,15 pesos; cada libro costaba entre 1 y 20 pesos –la mayoría de ellos tendía al menor valor–.¹¹ De acuerdo con un estudio publicado en 1937, el jefe de familia de un hogar de clase trabajadora ganaba, en promedio, 127,26 pesos mensuales, y los gastos de una familia superaban esa cifra (Departamento Nacional del Trabajo, 1937: 28). Era claro que no podían darse el lujo de comprar muchos libros.

Bibliotecas

La municipalidad de Buenos Aires y otros entes gubernamentales no ofrecían suficientes bibliotecas dirigidas a lectores promedio. En 1935, había solo cuatro bibliotecas

¹⁰ *Federación*, febrero de 1931 y octubre de 1930.

¹¹ Biblioteca Popular del Municipio B. Rivadavia, “Presupuesto para la compra de libros elaborado por la Librería Perlado”, 1 de enero de 1930, <www.conabip.gob.ar/archivo_historico>. Las bibliotecas de esta página web están ubicadas en la Capital, salvo indicación contraria.

públicas en la ciudad de Buenos Aires, destinadas al público en general, amén de seis kioscos en espacios públicos (Miranda, 1996: 31). Existían también bibliotecas especializadas como la Biblioteca Nacional y la Biblioteca del Congreso. Esto dejó un vacío que fue ocupado por la iniciativa privada. Podemos definir a las bibliotecas populares como bibliotecas orientadas al público en general y administradas por grupos no gubernamentales. La gran mayoría fueron gestionadas por grupos como asociaciones cívicas y estaban abiertas a todos, aunque por lo general solo los socios podían llevar sus libros a casa. Las cuotas de membresía eran casi siempre la principal fuente de ingresos. Podían o no recibir alguna ayuda del gobierno, pero fueron administradas por sus miembros. Una estructura típica de administración era la de la Biblioteca Popular Democracia y Progreso. Su principal órgano de gobierno era una asamblea general de sus miembros que, en circunstancias normales, se reunía una vez al año. La biblioteca estaba dirigida por una comisión directiva de nueve personas elegida por la asamblea general por un período de dos años, y la mitad de sus integrantes se renovaban una vez al año.¹² Las bibliotecas vinculadas abiertamente a organizaciones políticas o religiosas a veces tenían estructuras diferentes, pero servían al público en general.

Salvo contadas excepciones, los hombres dirigían las bibliotecas populares y constituían la mayoría de los lectores. Esto último no era consecuencia de un mayor alfabetismo entre ellos. Existían bibliotecarias mujeres, como en la biblioteca popular vinculada con la Asociación Liga de Fomento General Mitre.¹³ Otra biblioteca aseguraba que la lectura femenina aumentaba cuando contaba con bibliotecarias mujeres.¹⁴ Una de las pocas bibliotecas en las que las mujeres desempeñaron un papel público significativo fue la Biblioteca Popular Iberoamericana, alojada en una escuela y fundada en 1941 merced a la fuerza impulsora de la educadora Liberia Rovere y Oddino, que a su vez era coautora de un libro de lecturas para alumnos de primer grado.¹⁵ Las mujeres desempeñaron un papel significativo en la bien surtida biblioteca ubicada en la Escuela Normal N° 8 Julio A. Roca, que funcionaba bajo el modelo de biblioteca popular. En 1945 el consejo de administración tenía una presidenta, vicepresidenta y secretaria, y además cinco de siete integrantes de la junta eran mujeres. Casi con certeza, las mujeres eran maestras normales de la escuela.¹⁶ Además, la Asociación Hijas de María de Guadalupe dirigían una biblioteca para mujeres jóvenes.¹⁷

La Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, una dependencia gubernamental nacional, fue creada en 1870 a instancias del entonces presidente Domingo F. Sarmiento para fomentar el desarrollo de las bibliotecas. Al igual que muchas ini-

12 Biblioteca Popular Democracia y Progreso, "Estatutos de la Biblioteca", 1915, <www.conabip.gob.ar/archivo_historico/>.

13 Asociación Liga de Fomento Villa General Mitre, Biblioteca Popular Mitre (1933: 10).

14 Acción Comunal, octubre, 1938, p. 4.

15 Archivo Intermedio, Fondo Inspección General de Justicia, Registro de Asociaciones Civiles. Caja 95, 360485, Biblioteca Popular Iberoamericana; Rovere y Oddino y Cocchi (1934).

16 Biblioteca Popular Juana Manso, "Informe de inspección de Biblioteca realizado por la Comisión Protectora", 26 de agosto de 1933 y "Conformación de la comisión de la Biblioteca", 7 de junio de 1945, <www.conabip.gob.ar/archivo_historico/>.

17 Asociación y Biblioteca Popular Hijas de María de Guadalupe para la Cámara de Diputados de la Nación, 27 de septiembre de 1928, <<https://docs.google.com/gview?url=http://apym.hcdn.gob.ar/uploads/expedientes/pdf/1415-p-1928.pdf&embedded=true>>.

ciativas de este tipo, fue abandonada y solo se reconstituyó recién en 1908. Ayudó a las bibliotecas mediante la entrega de libros o subsidios monetarios. Como muchos otros ítems que dependían del presupuesto nacional, su generosidad fue oscilante. La existencia de la Comisión ayuda a explicar el crecimiento de las bibliotecas populares a partir de la segunda década del siglo XIX.

Hacia 1910 la Comisión identificaba trece bibliotecas en la Capital, número que había crecido a 59 en 1916, aunque la trayectoria creciente no fuera clara; registraba 125 en 1932 y 131 en 1938.¹⁸ Este incremento refleja además la expansión de la ciudad tanto en áreas urbanizadas como en número de habitantes, el vigoroso crecimiento de las asociaciones cívicas de todo tipo y el aumento del público lector a raíz del incremento de libros publicados y la circulación de periódicos.

Entre los requisitos para el reconocimiento estaban: el acceso libre y que estuviese abierta doce horas cada semana, asimismo, el hecho de que los libros debían ayudar a desarrollar el sentir nacional, fortalecer el carácter y la buena voluntad. Las regulaciones adoptadas en 1920 durante el mandato del presidente Hipólito Yrigoyen también establecieron que las bibliotecas debían abstenerse de la política y la religión. Además, las ubicadas en centros de trabajadores tenían que fomentar la integración y educar en el respeto a las leyes e instituciones del país. Existían además otras muchas bibliotecas de gestión privada,¹⁹ pero no se ceñían a los criterios establecidos para su reconocimiento, o sencillamente no solicitaron la inscripción.

Las subvenciones de la Comisión no eran confiables, tal como indican sus propias publicaciones. En 1914, dejó de funcionar por un año luego de que los miembros del consejo dimitieran y no fueran sustituidos. A menudo pagaba las subvenciones en forma tardía porque no había recibido los fondos. La Gran Depresión tuvo un fuerte impacto en las subvenciones de todo tipo. En 1923, la Comisión otorgó 313.394 pesos a 241 bibliotecas de todo el país y en 1927, 274 bibliotecas recibieron 460.694 pesos, mientras que en 1929, 316 bibliotecas obtuvieron solo 471.050 pesos. Entre 1932 y 1934 no se otorgaron subsidios y entre 1935 y 1936, 258 bibliotecas recibieron 100 mil pesos. En 1937, 908 bibliotecas recibieron 490.800 pesos. Incluso la importante cantidad distribuida en 1937 fue una marcada reducción en la subvención promedio por biblioteca.²⁰ Las subvenciones a veces provenían del gobierno municipal, pero dependían del apoyo de los miembros del Concejo Deliberante para una biblioteca en particular y tendían a ser esporádicas o dirigidas a un proyecto específico. El Congreso jugó un papel importante en la decisión sobre cuáles bibliotecas recibirían subvenciones en efectivo a través de la Comisión. Por ejemplo, en 1934, el Senado decidió agregar tres nuevas bibliotecas a la lista previa de 1931. Durante la dictadura, 31 bibliotecas, a nivel nacional, fueron privadas de subvenciones acordadas para 1930 y varias de las bibliotecas purgadas contaban con nombres vinculados al Partido Radical, que había sido depuesto por los militares.²¹

¹⁸ Comisión Protectora de Bibliotecas Populares (1917: 3-16, 28-33, 40); Nigro *et al.* (1932); Comisión Protectora de Bibliotecas Populares (1938: 3-8); Fiorucci (2009).

¹⁹ Comisión Protectora de Bibliotecas Populares (1942: 5-9); *Libros y Bibliotecas*, 1:1 (octubre de 1926), pp. 98-103.

²⁰ Comisión Protectora de Bibliotecas Populares (1917: 5-6, 14-5; 1937: 20).

²¹ Véanse, por ejemplo, Concejo Deliberante de la Municipalidad de Buenos Aires, *Actas*, 23 de mayo de 1930 (pp. 657-658), 20 de junio de 1930 (p. 1014), 31 de mayo de 1932 (pp. 636-637); Cámara de Diputados, *Diario de Sesiones*, 1937, II: 2 Anexo L (pp. 225-227), 30 de julio de 1941, II (p. 698), 20

La creación de bibliotecas de administración privada estaba lejos de ser una excepción; bibliotecas similares existían en otros países. Sin embargo, en el área del Atlántico Norte el patrón observado parecía indicar que tales bibliotecas eran seguidas por la fundación de instituciones públicas, supuestamente con mejores fondos y mejor distribución geográfica. Tanto en Europa occidental como en los Estados Unidos, las iniciativas individuales crearon las primeras bibliotecas. En el Reino Unido, durante el siglo XVIII, se establecieron las denominadas bibliotecas por suscripción, donde quienes deseaban ser miembros adquirirían una parte o pagaban una cuota mensual. Esto resultaba demasiado caro para un trabajador. Aproximadamente en forma simultánea, comenzaron a funcionar como emprendimientos comerciales las bibliotecas circulantes, de las cuales los lectores podían alquilar libros a precios relativamente bajos. De la misma forma, gente de buen pasar económico creó las denominadas "bibliotecas mecánicas", para que los trabajadores contaran con libros para leer, aunque en muchos casos, al menos al principio, los libros de ficción y otras obras consideradas frívolas no fueron permitidas. Estos últimos eran claramente empresas implementadas para –no por– los sectores trabajadores. Lo que hoy definiríamos como bibliotecas públicas comenzó a tomar forma recién a mediados del siglo XIX y solo se volvió habitual en el siglo XX. El patrón en gran parte de Europa occidental y en los Estados Unidos no fue tan distinto, aunque sí lo fue el momento. Con frecuencia el proceso comenzó algo más tarde que en Gran Bretaña (Altick, 1957: 190-196; Harris, 1995: 150-157, 184-185). Parece haberse reconocido que para complementar un sistema escolar exitoso, era necesario crear un sistema de bibliotecas. Sin embargo, el patrón en algunos países de América Latina no parece ser tan diferente al de la Argentina. En Cuba, en 1927, muchas bibliotecas formaban parte de organizaciones privadas, especialmente las de inmigrantes de España, y antes de 1959 las bibliotecas públicas seguían siendo poco comunes. En Uruguay, no se fundaron muchas bibliotecas públicas sino hasta la década de 1940 o posteriormente (Pan American Union, 1930: 8-90; Abellá y Larrique, 1990: 31; García Puertas y Botana Rodríguez, 2006; Viciado Valdé, 2006).

Algunos líderes políticos argentinos reconocieron que proporcionar escuelas para educar a los jóvenes –pero no bibliotecas– limitaba la posibilidad de crear una población educada, así que diseñaron planes para regularizar el apoyo a las bibliotecas populares, aunque estos no dieron resultado.²² Las razones del fracaso para un mejor financiamiento del sistema de bibliotecas no son obvias. La Argentina había apoyado durante mucho tiempo un sistema escolar público que al menos en las áreas urbanas tuvo bastante éxito, pero no hizo ningún esfuerzo importante para establecer una red de bibliotecas que saciaran adecuadamente el deseo de leer que la creación de las escuelas había ayudado a inducir. Las bibliotecas públicas destinadas al lector medio seguían siendo escasas y existía una dependencia continua de las iniciativas privadas que tenían poco acceso a financiación pública, que no era ni confiable ni suficiente. Muchas bibliotecas sobrevivieron sin el apoyo del gobierno. La mayoría necesitaba

de junio de 1934, II (pp. 619-624, 652-653), 26 y 27 de septiembre de 1934, VI (pp. 311-316); Biblioteca Popular Ciencia y Labor de Villa General Mitre a la Cámara de Diputados, 30 de octubre de 1933, <<http://apym.hcdn.gob.ar/pdf/expedientes/1432-p-1933.pdf>>.

²² Véase, por ejemplo, Cámara de Diputados, *Diario de Sesiones*, 21 de septiembre de 1926, VI, pp. 59-65 y 26 de septiembre 1932, VI, pp. 390-396.

alquilar el local, lo que absorbía gran parte de sus ingresos.²³ No existía ningún plan para proporcionar una cobertura geográfica igualitaria, para que los lectores de todos los barrios pudieran tener acceso a los libros, y las colecciones de las bibliotecas populares tampoco tenían un tamaño adecuado y no estaban abiertas a los lectores durante un tiempo considerable.²⁴ No todos podían llevarse libros a sus casas; eso estaba reservado para los miembros que abonaban cuota. Como era de esperar, los barrios más ricos solían apoyar bibliotecas populares más grandes, aunque eso no siempre era cierto.

La causa no era, al menos en el período anterior a la Gran Depresión, la falta de fondos. El presupuesto de la ciudad de Buenos Aires aumentó en términos per cápita entre 1910 y 1930, pero un porcentaje creciente fue destinado a salarios y no a otros ítems.²⁵ Queda claro, entonces, que los actores políticos principales no consideraban que fuera crucial un cambio en la situación de las bibliotecas. Seguramente, los políticos que desempeñaban un papel en bibliotecas específicas preferían el *statu quo* donde ellos eran importantes como intermediarios y, por tanto, desarrollaban vínculos significativos con los barrios; o bien, carecían del poder para implementar cambios presupuestarios serios. La sociedad civil dependía de la naturaleza del sistema político.

Las bibliotecas populares como parte de la cultura cívica

Las bibliotecas populares fueron importantes en el mundo cívico y social de las primeras décadas del siglo xx. Las bibliotecas contribuyeron brindando esperanza en el progreso social a través del conocimiento y el entretenimiento por medio de los libros. Ayudaron a crear un sentido de pertenencia al barrio y a su comunidad. En parte, este sentido de identificación provino de una gran cantidad de personas que proporcionaron trabajo no remunerado y permitieron así que las bibliotecas funcionaran. Los miembros de las juntas directivas elegidas dedicaron gran cantidad de tiempo a las bibliotecas, tomaron todas las decisiones cotidianas y con frecuencia se desempeñaron como bibliotecarios no remunerados. Muchos residentes pertenecían a una biblioteca, dado que, si bien era normal que cualquiera pudiera leer un libro en la biblioteca, solo los miembros podían retirar a préstamo.

Las bibliotecas proporcionaron lugares convenientes para que los residentes se reunieran y conversaran, de modo similar al de otros centros sociales como los cafés. Las bibliotecas populares también desarrollaron numerosas funciones sociales. Por ejemplo, en 1934 la Biblioteca Popular Carlos Mauli patrocinó un picnic en lo que entonces era el bucólico suburbio de San Isidro. Cuando el comité de mujeres jóvenes de la Biblioteca Popular Alberdi, en Gerli (Gran Buenos Aires), organizó un picnic para familias en una playa, los camiones salieron de Gerli a las 6 de la mañana y no iniciaron su regreso sino hasta recién las 7 de la tarde.²⁶ Las bibliotecas también patrocinaron conferencias, celebraron bailes y mostraron películas para recaudar

²³ Contarelli (1953: 65-66).

²⁴ La cantidad de libros disponibles en diversas bibliotecas será discutida más adelante.

²⁵ Horowitz (1999: 640-641 y 644).

²⁶ *Vélez Sársfield Social*, 30 de noviembre de 1933; *La Libertad* (Avellaneda), 31 de enero de 1936.

fondos.²⁷ Además, muchas bibliotecas populares proporcionaron una variedad de cursos, orientados en general a cuestiones prácticas.

La Biblioteca Popular General Pueyrredón, ubicada cerca del límite de la ciudad, incluso ofrecía a sus miembros atención médica gratuita o a menor costo. El doctor Jaime Grimblat otorgaba un descuento a los miembros para sus visitas a domicilio o al consultorio y, si el socio acudía a su consultorio el viernes, la consulta era gratuita. En el barrio de clase obrera Nueva Chicago, la Sociedad de Fomento José Enrique Rodó, de la que formaba parte la Biblioteca Popular Eurindia, brindaba a sus miembros y sus familias consultas médicas gratuitas tres días a la semana en su sede y todos los días en el consultorio del médico. Del mismo modo, un abogado ofrecía consultas gratuitas una vez a la semana en la sociedad de fomento. Al suministrar estos servicios, las bibliotecas actuaban de manera similar a la de muchas otras asociaciones cívicas. En ocasiones, las publicaciones de la biblioteca servían para notificar a la comunidad en general de los eventos sociales. Por ejemplo, el periódico de la Biblioteca Popular General Pueyrredón informó sobre el matrimonio de Grimblat con Clara Tisminetsky en una sinagoga céntrica lejos del barrio de la biblioteca, la que fue seguida de una recepción en la icónica Confitería del Molino al otro lado de la calle del Congreso nacional.²⁸

Como centros sociales, las bibliotecas populares ayudaron a crear la idea de vecindad que se desarrolló en muchas partes de la ciudad durante las primeras décadas del siglo xx, a medida que los residentes se separaban rápidamente del núcleo tradicional. Asimismo, una amplia variedad de organizaciones cívicas compartieron el mismo rol, desde clubes de fútbol y clubes sociales hasta asociaciones de fomento. Muchas de estas últimas, al igual que algunos clubes de fútbol, patrocinaron bibliotecas populares, aunque por lo general en los clubes de fútbol se limitaron a los socios y con frecuencia fueron relativamente pequeñas.²⁹

El deseo de leer y la fundación de bibliotecas

Algunas bibliotecas populares fueron creadas por individuos comprometidos con ideologías que aspiraban a cambiar la sociedad y consideraban que el conocimiento era crucial. Los socialistas, comunistas y anarquistas concebían los libros como representativos de la idea de progreso e iluminación. En 1918, el Partido Socialista dio comienzo a una campaña importante para establecer instituciones sociales como parte de su estrategia electoral y para 1932 tenía 56 bibliotecas vinculadas a su sede en diferentes barrios de la ciudad.³⁰ A partir de mediados de la década de 1920, el Partido Comunista fundó sus propias instituciones culturales, incluidas las bibliotecas. Hacia 1930 contaba con unas treinta bibliotecas en el Gran Buenos Aires, generalmente de modestas proporciones, que contenían en su mayor parte literatura partidaria –y no buscaban el reconocimiento del gobierno nacional–. Algunos comunistas participaron en bibliotecas populares “apolíticas”. Los anarquistas también contaban

²⁷ Por ejemplo, Biblioteca Popular General Benito Nazar, “Invitación a cine y baile a realizar en la sede de la Biblioteca”, 10 de octubre de 1943, <www.conabip.gob.ar/archivo_historico/>.

²⁸ Pueyrredón, octubre de 1934, pp. 6-7, enero de 1936, p. 6; *Acción Comunal*, febrero de 1937, p. 2.

²⁹ Sobre el desarrollo barrial y el sentido de lealtad véanse, por ejemplo, Scobie (1974); Iñigo Carrera (2000: 59-121); González Leandri (2001); Gorelik (2004). Sobre bibliotecas y fútbol, véanse Club Atlético Atlanta, “Historia del club”, <www.atlantapasion.com.ar/historia.php>; Newton (1968: 159).

³⁰ Barrancos (1991: 96); Gutiérrez y Romero (1995: 71).

con bibliotecas.³¹ El Partido Radical, al igual que otros partidos más conservadores como Concentración Nacional y el Demócrata Progresista, también patrocinó bibliotecas.³² Algunas de las que se analizan a continuación, como Democracia y Progreso, estaban vinculadas a partidos políticos, pero no tenían una relación formal. Por otro lado, la Biblioteca Almirante Brown, ubicada en la Boca, funcionaba como un club político para Ricardo Hermelo, el prefecto portuario que intentaba organizar al movimiento obrero en el puerto.³³

Muchos sindicatos contaban con bibliotecas. Por ejemplo, la Unión Obrera Municipal tenía una que poseía, en 1931, dos mil libros y que fue reconocida como biblioteca popular. La biblioteca de los empleados municipales era excepcional en tanto que fue reconocida por la Comisión Protectora y posiblemente fuera de mayor tamaño que el de la mayoría de las bibliotecas sindicales.³⁴ Así, el gran número de bibliotecas populares y la cantidad de gente involucrada en su funcionamiento indican que la creación de bibliotecas fue un verdadero movimiento popular.

La fundación de bibliotecas y otros aparatos culturales por trabajadores e ideologías que se adjudicaban su representación tuvieron lugar en muchos lugares del mundo. Intentaban construir un ámbito social y cultural separado de la sociedad burguesa. Sin embargo, lo que se observa en la Argentina es que las bibliotecas privadas fueron establecidas por personas que sostenían una variedad de creencias políticas y por otros que simplemente querían fomentar el deseo por la lectura.

En Buenos Aires, al igual que en muchos otros sitios, existían tensiones entre quienes veían a las bibliotecas como potencialmente transformadoras del individuo y la sociedad –tenían una mirada didáctica de lo que debía leerse– y quienes sostenían una perspectiva menos utópica. Ricardo González ha mostrado cómo una biblioteca popular se vio envuelta hacia fines de los años veinte en una controversia entre quienes creían que las bibliotecas debían tener una mera función didáctica y aquellos que reconocían las posibilidades de entretenimiento que brindaban los libros.³⁵

Se creía, y no solo en la Argentina, que las bibliotecas y su material de lectura podían formar a sus usuarios. Muchos desde la izquierda las consideraban como un modo de ayudar en la creación de una nueva visión para la sociedad. Otros veían a las bibliotecas como instituciones que podían empujar a las clases trabajadoras más cerca de las normas sociales dominantes. Por ejemplo, como hemos visto, el gobierno radical intentó influir para que los trabajadores se avinieran a posturas más tradicionales mediante la regulación de los requisitos para las bibliotecas populares. Sin embargo, incluso algunos socialistas consideraban a las bibliotecas como ayuda en la conformación de los ciudadanos.³⁶

31 Camarero (2007: 218-233); Francomano, Vicente y López, Antonio (2009), "Biblioteca Popular José Ingenieros. Apuntes para su historia", <www.anarkismo.net/article/15278&comment_limit=0&condense_comments=false>.

32 Biblioteca del Instituto Ravnani, Colección Emilio Ravnani, Arv. 32, N^{os} 22 y 114; *Pueyrredón*, agosto de 1935: 3; *La Prensa*, 22 de mayo de 1917, 12 de agosto de 1919 y 20 de julio de 1922.

33 Véanse, por ejemplo, *La Acción*, 19-20 de enero de 1927; *La Bandera Proletaria*, 22 de enero de 1927; Horowitz (2008: 167-169).

34 Horowitz (1985: 74-75); *La Vanguardia*, 21 de noviembre de 1931; Comisión Protectora de Bibliotecas Populares (1933).

35 González (1990: 118-125).

36 Lyons (1999: 332); Giménez (1938: 6-7).

En ocasiones, se puede ver el apetito por los libros, pero esto no estaba necesariamente disociado de la política. La Biblioteca Juan Bautista Alberdi fue fundada en mayo de 1913 en Gerli, barrio de la ciudad industrial de Avellaneda, al sur de Buenos Aires. La tensa situación de la biblioteca deja en claro la tremenda voluntad que evidenciaron algunos para crear las oportunidades para que ellos y otros leyeran libros. Cuando en 1919 la biblioteca solicitó libros a la Comisión Protectora, se proclamó a sí misma como “un núcleo de ciudadanos, jóvenes en su mayoría, [que] se han impuesto la misión moral y material de elevar el nivel intelectual de este pueblo”. En respuesta, enviaron un inspector que informó que la biblioteca contenía 420 publicaciones de todo tipo y que era mantenida por una membresía de 54 jóvenes trabajadores, quienes pagaban cuotas de 21 centavos por mes, a fin de afrontar los costos del alquiler y de la luz. Desafortunadamente, no cumplía con los criterios de ayuda en la adquisición de libros. La biblioteca era claramente un trabajo de amor, ya que después de seis años su tamaño y membresía permanecían igual de restringidos. Logró el reconocimiento del gobierno con posterioridad. Después de un período de inactividad, en 1933 volvió a abrir sus puertas. Según una nueva inspección, contaba con una colección de 924 libros y 450 panfletos y era financiada por las cuotas de sus socios. La junta de gobierno estaba a cargo de su atención. El inspector informó que, durante un mes, contó con solo 96 lectores, pero que la biblioteca realizaba un servicio importante en una comunidad aislada, compuesta en su totalidad por trabajadores. El secretario del directorio era un tal Cándido Gregorio, quien probablemente era el hombre que más tarde se convertiría en un importante líder socialista del sindicato de trabajadores textiles y casi con certeza refleja la orientación política de algunos de los que manejaban la biblioteca. *A posteriori* se convirtió en presidente de la biblioteca. Para 1937 afirmaba contar con 420 miembros y ofrecía una gama de clases prácticas.³⁷ El esfuerzo continuo para proporcionar una biblioteca para los residentes de un barrio de clase trabajadora muestra una dedicación real y una creencia en los beneficios de los libros y, quizás, de su importancia política.

La Biblioteca Popular Alberdi, ubicada en Villa Crespo –barrio de clase obrera de la ciudad de Buenos Aires– presentaba un escenario diferente. Las élites dominaban la biblioteca con objetivos personales y políticos más amplios. Fue fundada en 1910 por sugerencia de Joaquín Sánchez, subintendente de la ciudad. De 1910 a 1917 su presidente fue Julián Bourdeu, comisario de la policía que nació en Francia y llegó a la Argentina con su familia a los 18 años. Se fue a trabajar como tenedor de libros para una empresa que había establecido una gran fábrica de calzado en Villa Crespo. Su gerente, Salvador Benedit, era un político activo en el período anterior a la reforma electoral de 1912 y hay quienes lo consideran el fundador de Villa Crespo. Benedit intentó crear en Villa Crespo un mundo moldeado por su visión de un catolicismo

³⁷ Biblioteca Popular Juan Bautista Alberdi (Avellaneda), “Nota del Secretario General de la Biblioteca al Ministro de Instrucción Pública” (21 de diciembre de 1919), “Informe de la inspección de la Biblioteca” (8 de abril de 1920), “Las autoridades de la Biblioteca comunican el reinicio de la actividad de la institución” (13 de junio de 1933), “Informe de inspección de la Biblioteca a cargo de la Comisión Protectora” (27 de octubre de 1933), <www.conabip.gob.ar/archivo_historico/>; *La Libertad* (Avellaneda); *Anuario 1931; Libros y Bibliotecas*, 1: 1 (octubre de 1926), p. 168; Di Tella (2003: 278-287); Comisión Protectora de Bibliotecas Populares (1933; 1938: 12); Biblioteca Popular Juan Bautista Alberdi de Gerli a la Cámara de Diputados de la Nación, 25 de junio de 1937, <<http://apym.hcdn.gob.ar/uploads/expedientes/pdf/414-p-1937.pdf>>.

paternal. También introdujo a Bourdeu a la política; este se desempeñó como juez de paz, un puesto que siempre combinaba los deberes judiciales con la política, y fue miembro de colegios electorales en varias elecciones. Bourdeu junto a Bénédict y otros ayudaron a fundar un periódico local, *El Progreso*. Desde principios de 1905, Bourdeu trabajó como comisionado de policía, generalmente un cargo político. Jugó un papel en el establecimiento de dos sociedades de fomento: una en Villa Crespo y la otra en el vecino barrio de Villa Talar, de la que fue su primer presidente. Obviamente, se hizo de una carrera, en parte, merced a su participación en organizaciones locales.

Líderes posteriores también tendieron a ser importantes figuras locales. El sucesor de Bourdeu fue un juez de paz. A este lo siguió un industrial local, Francisco L. Bavastro, quien se desempeñó como presidente de la biblioteca durante ocho años, en dos períodos no sucesivos. Bavastro fundó una compañía en 1889 para fabricar hormas de zapato de madera, la cual se convirtió en la firma más grande de ese tipo en Buenos Aires. También fue un político del Partido Radical que utilizó la compañía y la biblioteca como bases para el mecenazgo. En 1919 falleció el padre del posteriormente famoso autor, Leopoldo Marechal, quien trabajaba en la fábrica de Bavastro. Este le dio el trabajo del padre al hermano menor de Leopoldo y poco después Leopoldo se convirtió en bibliotecario asalariado en la Biblioteca Popular Alberdi. En ese entonces Bavastro era su presidente y sus acciones eran algo que el vecindario seguramente recordaría.

En la década de 1930, un comisionado de policía, quien más tarde escribiera un panfleto titulado "El agitador comunista no debe ser amparado por la ley de despido", fue presidente durante dos años de esa biblioteca, y Remigio Iriondo ejerció el cargo entre 1934 y 1940. Iriondo era una figura importante en el barrio; elegido para el consejo de la ciudad en la década de 1920, ayudó a asegurar una subvención considerable de la ciudad para la biblioteca. También jugó un papel crucial en una amplia gama de organizaciones locales. Lo que llevó a estos hombres a poner su energía en la biblioteca, más allá de la construcción de una base política, puede verse durante la presidencia de Iriondo, cuando la biblioteca solicitó fondos al Congreso con el fin de adquirir un local más grande para que sus lectores, especialmente estudiantes y niños, no usaran las bibliotecas comunistas en el barrio. "Esta situación pondría en peligro su obra cultural."³⁸ Villa Crespo era un centro de actividad comunista y los líderes de la biblioteca querían proteger al vecindario de esa influencia, de modo que había motivos ideológicos y deseos políticos personales detrás de sus esfuerzos en la biblioteca.

³⁸ Biblioteca Popular Alberdi (1960); *El Progreso*, 19 de junio de 1943, <<http://biblio-alberdi.blogspot.com/2009/03/hablan-de-nosotros-2.html>>; Francavilla (1978: 42-45, 52, 54, 58-59, 69); Marcelo J. Bourdeu, "Notas sobre un vecino de Villa Crespo y de Buenos Aires, Julián Bourdeu", *Barriada*, <www.barriada.com.ar/MarceloBourdeu/NotasSobreUnVecino.aspx>; Julián Bourdeu, <https://es.wikipedia.org/wiki/Juli%C3%A1n_Bourdeu>; Comisión Protectora de Bibliotecas Populares (1917: 45); "Bio-cronología Leopoldo Marechal", <http://biblioteca.unlam.edu.ar/descargas/18_BiocronolgadeMarechal.pdf>; "Leopoldo Marechal", <www.vorticelibros.com.ar/autor.php?id=36>; Lupano (2009: 139-184); Brock (1919: 83); Piñero (2007: 354); *La Libertad* (Avellaneda), 12 de febrero de 1936; Del Pino (1974: 76-77); Universidad Popular Florentino Ameghino (1941: 6, 9, 15); "Barrio Villa Crespo-habitantes notables" <www.lugaresgeograficos.com.ar/verCiudad.php?id=3427458&idtexto=1006#.U8WmLE4dl0>; Biblioteca Popular de la Parroquia de San Bernardo a la Cámara de Diputados de la Nación, 26 de agosto de 1916, <<http://apym.hcdn.gob.ar/pdf/expedientes/525-p-1916.pdf>>; Biblioteca Popular Alberdi a la Cámara de Diputados de la Nación, 1 de septiembre de 1936, <<http://apym.hcdn.gob.ar/pdf/expedientes/487-p-1936.pdf>>; Magnani (1942).

La Biblioteca Popular Belgrano demuestra la naturaleza caótica de la fundación de bibliotecas y la inconsistencia del apoyo gubernamental, donde también podemos ver la importancia de la política. Una vez más, Joaquín Sánchez, el subintendente de la ciudad de Buenos Aires, parece haber tenido algo que ver con la fundación de la biblioteca. Probablemente creada en 1907, hacia inicios de 1914 contaba con unos 15 mil volúmenes y estaba subscripta a treinta revistas, tanto locales como extranjeras. La biblioteca estaba abierta de 19:30 a 22:30, excepto los domingos y feriados. Sus miembros pagaban 50 centavos por mes y podían retirar libros. Tenía apoyo financiero del municipio, del gobierno nacional y del concejo escolar. La relación de la Biblioteca Popular Belgrano con el gobierno de la ciudad era turbia, a pesar de estar dirigida por una comisión de residentes. Según las acusaciones hechas en 1922 por el concejal socialista Roberto Giusti, en 1917 el intendente entregó la biblioteca a un comité encabezado por un tal Adolfo Calvete, quien había ayudado en la fundación del Partido Radical, entonces partido gobernante. Según Giusti, la operación de la biblioteca estaba tan desorganizada que esta se vio forzada a cerrar por un tiempo. Los socialistas querían que la ciudad se hiciera cargo. En una solicitud de fondos, en 1924, el consejo de gobierno de la biblioteca admitió que su estado de abandono era público y notorio. Así, entre 1939 y 1941, el gobierno se hizo cargo.³⁹

El fracaso del Estado en mantener las bibliotecas y la necesidad de los habitantes junto a la ayuda de políticos en asumir el control sobre ellas puede verse en la Biblioteca Sarmiento, ubicada en el barrio de Villa Urquiza. La ciudad jugó un rol en su creación, pero luego la abandonó. Los vecinos del barrio reconstituyeron la biblioteca bajo el nombre de Biblioteca Popular Sarmiento, en 1917, fecha que en todas las publicaciones de la biblioteca se presenta como el año fundacional de la institución. En sus estadios iniciales, Félix Fouiller, el jefe del comité del barrio del Partido Radical, jugó un papel crucial, sirviendo como presidente durante sus primeros seis años. La biblioteca comenzó a ofrecer consultas legales gratuitas y para mediados de 1929 contaba con 320 miembros y una colección de 6.558 libros y 1.432 folletos. Ese año se dictaron cursos de inglés, francés, teneduría de libros, mecanografía, taquigrafía y redacción; con posterioridad, se ofrecieron menos cursos. La biblioteca auspiciaba conferencias y organizaba festejos.

¿Quiénes eran los 104 lectores diarios promedio de la Biblioteca Sarmiento, entre el 20 de marzo y el 31 de agosto de 1930? Los argentinos contribuían con un porcentaje extraordinario: 96,5%. Muchos eran, sin duda, jóvenes, cohorte que tenía un mayor porcentaje entre los nacidos en la Argentina, pero así y todo parece desmesurada. También el número de lectores fue abrumadoramente masculino, con el 81%. ¿Qué leían? La literatura constituyó el 54,8% de los libros, las ciencias aplicadas y artes el 21,4% e historia y geografía el 18,7%. En agosto de 1941, la cantidad de material de lectura había aumentado significativamente a 15.782 libros, 4.054 folletos y 10.756 publicaciones periódicas. ¿Cuál era su origen? Hubo donaciones, en particular una de la familia del famoso poeta Almafuerte (Pedro B. Palacios), de 1.384 libros. La biblioteca

³⁹ "La biblioteca popular de Belgrano", *Fray Mocho*, 13 de febrero de 1914; Córdoba (1968: 114-127); *El Monitor de Educación Común*, 31 de marzo de 1910, pp. 922-923; Concejo Deliberante de la Municipalidad de Buenos Aires, *Actas*, 22 de junio de 1922, pp. 1368-1369; Landenburger y Conte (1890: 50); Comisión Administrativa de la Biblioteca Popular de Belgrano a la Cámara de Diputados de la Nación, 17 de septiembre de 1924, <<https://docs.google.com/gview?url=http://apym.hcdn.gob.ar/uploads/expedientes/pdf/658-p-1924.pdf&embedded=true>>; Miranda (1996: 40).

también recibió apoyo sistemático de la Comisión Protectora y de la municipalidad, pero la fuente de ingresos más importante siguió siendo la cuota de sus miembros.⁴⁰

Los lazos con la élite política siguieron siendo importantes. Por ejemplo, en 1934 la biblioteca tenía tres miembros honorarios: Pablo Pizzurno, José Luis Cantilo y Félix O. Fouiller. Pizzurno fue un importante educador que trabajó durante muchos años en el Ministerio de Educación, se interesó por la cultura y fue presidente de la comisión honoraria de la Sociedad de Fomento Enrique Rodó. También se desempeñó como miembro de la Comisión Protectora. Cantilo, un político radical, sirvió en la Cámara de Diputados y fue gobernador de la provincia de Buenos Aires. Hipólito Yrigoyen lo nombró dos veces intendente de Buenos Aires. ¿Cómo fue que se conectó a una biblioteca popular? Fouiller, quien como ya se señalara había sido presidente de la institución, actuó como secretario de Cantilo durante sus dos periodos como intendente.⁴¹ Las conexiones políticas de la biblioteca ayudaron a asegurar su financiamiento y a que lograra un tamaño considerable.

Con frecuencia las bibliotecas populares funcionaban como parte de las sociedades de fomento y allí también los políticos desempeñaban papeles cruciales. Una de ellas fue la Biblioteca Popular Democracia y Progreso, fundada en agosto de 1915 como Biblioteca Popular de Villa Leandro Alem, bajo los auspicios de la Sociedad de Fomento Democracia y Progreso.⁴² Dado el nombre original –Alem fue el fundador del Partido Radical y su líder posterior–, la biblioteca probablemente tenía lazos radicales desde sus comienzos. La sociedad de fomento había sido establecida cuatro años antes en Liniers, un barrio donde sus habitantes eran en gran parte de clase trabajadora, en ese entonces todavía un barrio periférico de la ciudad de Buenos Aires con calles de tierra. Según la petición de la biblioteca a la Comisión Protectora para su reconocimiento, la mayoría de los vecinos trabajaban en los talleres recientemente inaugurados del Ferrocarril Oeste. La biblioteca sostenía que debido a la naturaleza aislada del distrito, las personas tenían más tiempo para leer. Un inspector realizó una visita y observó que la biblioteca era apenas una habitación en una casa, prestada por su dueño. Algunos vecinos se habían reunido para crear un lugar para socializar y leer, pero no establecieron reglas ni regulaciones. Más tarde ese mismo año, la biblioteca adoptó estatutos, lo que dejó en claro su propósito “de propender a la elevación intelectual del pueblo, mediante la difusión de libros instructivos, sala de lectura, etc.”.

40 Asociación Biblioteca Popular Domingo Faustino Sarmiento (1930, 1936, 1937 y 1941); *Sarmiento* (Boletín de la Asociación Biblioteca Popular Domingo Faustino Sarmiento), agosto-septiembre de 1934, pp. 3-10 y agosto-septiembre de 1942, pp. 3-10; Arata (1987: 193-198); Biblioteca Popular Domingo Faustino Sarmiento a la Cámara de Diputados de la Nación, 25 de agosto de 1927, <<http://apym.hcdn.gob.ar/pdf/expedientes/529-p-1927.pdf>>.

41 *Sarmiento*, agosto-septiembre de 1934, p. 11; *Acción Comunal*, junio de 1937, p. 7; *Ateneo Popular de Villa Devoto*, febrero de 1941, pp. 2-3; Asociación Biblioteca Popular Domingo F. Sarmiento (1937: 8-9); *Quién es quién en la Argentina* (1939: 346-347); Arata (1987: 195-196); Pablo Forcinito, “Las callecitas de Buenos Aires tienen ese no sé qué...”, <<http://www.elaleph.com/boletin.cfm?edicion=200210&seccion=4>>. Sobre la carrera política de Cantilo, véase Ismael Escobar Busich, *Buenos Aires, la gran provincia, 1880-1930*, “D. José Luis Cantilo”, <<http://bibliomoron.webcindario.com/cantilo1.html>>.

42 Durante los primeros años de la sociedad de fomento, su nomenclatura fue confusa. Se la conoció como Sociedad de Fomento Villa Leandro Alem pero también como Sociedad de Fomento Democracia y Progreso de Villa Leandro Alem. Alem es escrito a veces como Alen.

Para enero de 1916, la biblioteca había obtenido 54 pesos mediante el patrocinio de un festival, suficiente para alquilar un espacio y comprar los muebles necesarios y cuarenta libros. En 1919, sus 230 miembros le permitieron adquirir más material de lectura, pero también recibió donaciones de individuos e instituciones. Por ejemplo, en 1917 el periódico *La Nación* donó más de 200 libros y el Ferrocarril Oeste 40 litros de kerosén por mes, presuntamente para iluminación. En 1919, por razones poco claras, la biblioteca perdió su independencia y se fusionó con su sociedad de fomento patrocinadora: Democracia y Progreso. Pronto se trasladó a un lugar más grande y comenzó a recibir un subsidio anual de 500 pesos por parte de la Comisión Protectora, que luego se incrementó a 1.000 pesos, entonces una suma considerable. Sus conexiones políticas indudablemente ayudaron a obtener dichos subsidios.

Cuando Democracia y Progreso decidió adquirir su propio edificio, no contaba con los recursos para comprar un lote; uno de sus socios, Juan Guereño, compró la propiedad y la donó. Se desempeñó como presidente de la sociedad de fomento por un total de ocho años. Guereño, un inmigrante español, había fundado una compañía de jabón que tenía su fábrica en Liniers, que en la década de 1920 empleaba a más de cien personas y producía más de 500 toneladas de jabón por mes. También participó activamente en el Partido Radical. A principios de la década de 1940, el producto Jabón Radical de la empresa de Guereño patrocinó los programas de radio de una joven actriz, Eva Duarte –más tarde, por supuesto, Eva Duarte de Perón.

En 1940, la biblioteca tenía casi 7 mil libros, un gran número para una biblioteca de una sociedad de fomento. Durante sus primeros 25 años, sus 196.880 lectores habían sido 30% mujeres y 70% hombres; los menores de 16 años representaban el 40% de los lectores. Estos últimos probablemente eran en su mayoría estudiantes y aún no formaban parte de lleno en la fuerza de trabajo. El número de lectores fue mayoritariamente argentino (85%), una cifra llamativa dado el considerable porcentaje de la población nacida en el extranjero, y especialmente en un barrio mayoritariamente de clase obrera.⁴³

Cuando la biblioteca presentó un cuadro comparativo de los tipos de libros leídos durante sus primeros 25 años, se evidenció una notable diversidad. El porcentaje más grande cayó en la vaga categoría de obras generales, con el 44%. Historia, geografía y ciencias sociales comprendían el 15,9%, mientras que la literatura era el 14,1% y la filología y los idiomas, el 9,1%. El pequeño porcentaje clasificado como literatura lleva a suponer que la mayoría de las obras generales fueran novelas de algún tipo.⁴⁴ Las otras bibliotecas examinadas muestran que la literatura era consumida en abundancia. La biblioteca logró aprovechar sus conexiones políticas para convertirse en una institución importante.

En algunos casos, las bibliotecas tuvieron éxito en la creación de colecciones considerables. La Biblioteca Popular Juan N. Madero en San Fernando, en la franja suburbana del norte del Gran Buenos Aires, se estableció en 1873 y se convirtió fácilmente en una de las bibliotecas más antiguas. Ya en 1914, con solo 150 socios, tenía

43 *Liniers*, octubre de 1940, pp. 2-15; Biblioteca Popular Democracia y Progreso, "Solicitud de reconocimiento por parte de la Biblioteca", 10 de agosto de 1915, "Inspección de la Biblioteca", 17 de agosto de 1915, "Estatutos de la Biblioteca", 1915, <www.conabip.gob.ar/archivo_historico/>; Boragno (2005: 55-59); "Juan Guereño", <<http://cremenes.wordpress.com/hijos-ilustres/juan-guereño/>>; Navarro (1981: 48); Gutiérrez y Romero (1995: 171).

44 *Liniers*, octubre de 1940, p. 9.

27.595 volúmenes y un promedio diario de 32 lectores. Recibió una muy importante subvención del gobierno nacional. En 1934 la biblioteca había crecido hasta alcanzar los 46.740 volúmenes y era financiada por sus socios y por un subsidio del municipio de San Fernando. Estaba ubicada en un edificio palaciego inaugurado doce años antes. La adquisición de libros disminuyó y en 1946 contaba con 50.379 títulos y dependía del dinero de los socios, el municipio y el gobierno nacional. Curiosamente, la contribución del gobierno nacional fue menor que en 1914.⁴⁵

Los lectores y la lectura

A pesar de los deseos de quienes tenían una visión didáctica respecto de lo que debía leerse, los lectores de las bibliotecas populares se inclinaban por la ficción, presumiblemente novelas –aunque su tipo, dadas las fuentes disponibles, no es totalmente claro–. La preferencia por la ficción no es inusual si se la compara con otras partes del mundo.⁴⁶ La lectura era parte de una cultura que buscaba nuevos tipos de entretenimientos, ya fuera el fútbol, las carreras de caballos o los picnics.

Los lectores tendían a ser hombres y argentinos, lo que se explica, en parte, por la sobrerrepresentación de estudiantes, ya que los jóvenes eran con mucha mayor frecuencia nacidos en el país. Muchos estudiantes hicieron uso de las bibliotecas populares para sus tareas escolares, leyendo libros que no poseían. Cuando solicitaban ayuda al Congreso, las bibliotecas a menudo enfatizaban su servicio a los estudiantes.⁴⁷ Las barreras idiomáticas pueden haber sido otra explicación parcial de la amplia mayoría de lectores nacidos en la Argentina.

También existía un fuerte deseo de superación personal, y los libros y el conocimiento eran vistos como parte de ello. Los lectores intentaron mejorar a través del conocimiento. Esto ayuda a explicar la preponderancia de lectores varones, ya que todavía existían grandes limitaciones en el empleo para las mujeres, por lo que es menor el impacto práctico de la autoeducación en las mujeres. Otra explicación de la preminencia de los varones entre los lectores de las bibliotecas puede deberse a que las mujeres se sentían incómodas en espacios de abrumadora presencia masculina.⁴⁸ Asimismo, los horarios durante los cuales las bibliotecas permanecían abiertas –generalmente de 19 a 21 o 22 horas– coincidían con el período en que se esperaba que las mujeres prepararan la cena y realizaran otras tareas domésticas. Es claro, sin embargo, que una vez que se retiraban los libros, no podemos saber a ciencia cierta quién los leyó.

⁴⁵ Ministerio de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires (1915: 25, 132-133 y 138); Biblioteca Popular Juan N. Madero, "Informe de inspección de Biblioteca", 22 de mayo de 1934, "Informe de inspección de Biblioteca", 18 de mayo de 1946, <www.conabip.gob.ar/archivo_historico/>; "Biblioteca y Museo Popular Juan Nepomuceno Madero", 7 de octubre de 2009, <<http://sanfdomiciudad.blogspot.com/>>.

⁴⁶ Véanse, por ejemplo, Stearns (1975: 9); Roth (1963: 241); Felsenstein y Connolly (2015: 7).

⁴⁷ Asociación Biblioteca Popular José E. Rodó a la Cámara de Diputados de la Nación, 12 de septiembre de 1938, <http://apym.hcdn.gob.ar/uploads/expedientes/pdf/1842_1_2-p-1938.pdf>; Biblioteca Popular Domingo Faustino Sarmiento a la Cámara de Diputados de la Nación, 25 de agosto de 1927, <<http://apym.hcdn.gob.ar/pdf/expedientes/529-p-1927.pdf>>. En las décadas del setenta y ochenta todas las tardes la biblioteca de la Unión Ferroviaria se encontraba repleta de alumnos realizando sus tareas escolares y haciendo uso de libros que no podían adquirir.

⁴⁸ En una pequeña ciudad de los Estados Unidos se ha formulado la hipótesis de que la atmósfera educada en la biblioteca pública incomodaba a los hombres de la clase trabajadora y por ello estos formaron su propia biblioteca (Felsenstein y Connolly, 2015: 7).

Aunque pareciera no estar claro qué leía exactamente la gente, sí tenemos un análisis de 8.952 libros adquiridos en todo el país por bibliotecas populares durante un período de seis meses en 1935. Este análisis proporciona una buena prueba de las preferencias de los lectores. La categoría más popular era la ficción (definida como novelas, cuentos, obras de teatro, poesía, etc.). De la cifra total, el 40% eran novelas, y la siguiente categoría más grande era la literatura infantil y después los textos de secundaria. Los extranjeros comprendían el 54% de todos los autores, el 40% eran argentinos y el resto eran diccionarios y libros similares. El mayor grupo de obras de autores extranjeros compradas fue de escritores franceses, seguidos lejanamente por italianos y luego de forma más distante por autores españoles e ingleses. El atractivo cultural de América del Norte aún no había llegado al mundo literario. Los extranjeros más adquiridos fueron los populares novelistas Emilio Salgari y Alejandro Dumas. Estos fueron seguidos por los populares novelistas franceses Delly –un pseudónimo de dos hermanos franceses– y Julio Verne. Se incorporaron menos copias de novelas de autores más serios como Émile Zola, Anatole France, Victor Hugo o Máximo Gorki. Entre los escritores argentinos, aquel con mayor cantidad de obras adquiridas fue Hugo Wast –el popular y antisemita novelista–; seguido por el poeta, letrista de tango y dramaturgo Héctor Pedro Blomberg; el novelista, poeta e historiador Manuel Gálvez y el cuentista Benito Lynch. Con mucho menos frecuencia fueron adquiridas, por ejemplo, las obras de Juan Bautista Alberdi, Domingo Faustino Sarmiento o Ricardo Rojas.⁴⁹ Claramente el entretenimiento era crucial.

En una escala más pequeña, podemos ver preferencias similares en bibliotecas específicas. A comienzos de 1935 la Biblioteca Popular de Villa Pueyrredón tenía 3.090 libros. Durante la segunda mitad de 1934 tenía 626 lectores, de los cuales dos tercios eran varones y el 79%, argentinos. Estos lectores tomaron 479 libros y consultaron otros 519 en la biblioteca. Aunque estos números parecen pequeños, la biblioteca recibió 100 pesos en libros de la Comisión Protectora debido al alto número de lectores. La biblioteca adquirió libros de historia y otros de no ficción, así como clásicos de Victor Hugo, Honoré Balzac y Walter Scott, entre otros, y autores argentinos como Blomberg. Los lectores parecían inclinados a leer novelas, ya que el 57,5% de los libros consultados eran obras en general y no había ninguna categoría específica de ficción. Los libros de historia, geografía y ciencias sociales representaban el 11,6% de los consultados, mientras que los de ciencia aplicada y ciencia pura, el 10,8%.⁵⁰

La naturaleza de lo que se leía en las primeras décadas del siglo xx también se puede ver en la Biblioteca Obrera, ubicada en la sede del Partido Socialista, reconocida como una biblioteca popular por la Comisión Protectora. Fundada en 1897, la biblioteca contaba, a comienzos de 1911, con 5.368 libros. De estos, el 32,4% eran de literatura, el 19,1% de ciencias sociales, el 14,6% de ciencias aplicadas y ciencias puras y el 10,4% de historia y geografía. La naturaleza socialista de la organización explica los numerosos libros clasificados como ciencias sociales, ya que presumiblemente los escritos de Karl Marx y muchos otros habrían sido catalogados de ese modo. La biblioteca creció rápidamente y a mediados de 1919 contaba con 11.187 volúmenes. ¿Qué era lo que se leía? Como en la mayoría de las bibliotecas, el tema más importante era la literatura. Durante 1918, de las 7.878 obras consultadas, el

49 Comisión Protectora de Bibliotecas Populares (1936: 17-19).

50 *Pueyrredón*, septiembre de 1934-enero de 1935, enero de 1936, p. 6.

53,2% eran de literatura, el 11,3% de ciencias sociales y el 17,3% de ciencias aplicadas y ciencias puras.⁵¹ Para 1929, la biblioteca tenía 22.590 obras y en un período de tres meses en la primera mitad del año siguiente, el 53% de los libros retirados eran de literatura. A fines de 1943 la biblioteca tenía 39.550 obras. En 1942, los lectores se llevaron 33.707 libros a sus casas; la cifra para 1943 fue mucho menor debido al impacto del golpe militar. En 1942, la literatura representaba solo el 27% de las obras retiradas, mientras que la ciencia pura se ubicaba en el 23% y la historia y la geografía en el 22%. La tendencia hacia una lectura más académica también se pudo ver a lo largo de la segunda mitad de la década del treinta. Esto y las cifras de principios de la década del cuarenta probablemente indican un uso intensivo por parte de estudiantes secundarios y universitarios para la realización de las tareas curriculares.⁵² Los usuarios de la biblioteca del sindicato de trabajadores telefónicos, de orientación anarcosindicalista, mostraron tendencias similares a la exhibida en sus comienzos por la Biblioteca Obrera. Durante tres períodos a principios de la década del treinta, las obras leídas por sus usuarios fueron, entre el 53% y el 78%, novelas, poesía y obras de teatro.⁵³ Por tanto, parece ser que en la mayoría de los casos, a pesar de los deseos de sus fundadores y líderes, la gente prefería el entretenimiento sobre cualquier otro tipo de lecturas. Sin embargo, la demanda de libros sobre ciencias y ciencias sociales indica un fuerte uso por parte del creciente número de estudiantes.

Conclusiones

Las bibliotecas populares permitieron que muchos habitantes del Gran Buenos Aires accedieran a la lectura de libros, pero existían limitaciones cruciales. A pesar de que su establecimiento demuestra una impresionante capacidad para levantar instituciones que satisfacían las aparentes necesidades de los habitantes, quedaban grandes huecos. No todos los barrios contaban con bibliotecas; muchas eran inadecuadas en cuanto a su tamaño y casi todas funcionaban en horarios limitados. La capacidad del barrio para sostener una biblioteca adecuada dependía, hasta cierto punto, de sus recursos. Las áreas más ricas podían mantener bibliotecas que cobraban cuotas más altas y podían además esperar apoyo adicional monetario o en especie. La falta evidente de recursos financieros podía ser resultante, en parte, de los contactos con líderes políticos. Algunas barriadas de clase trabajadora contaban con bibliotecas

⁵¹ Los números en relación con la literatura eran algo menores que los de otros períodos entre 1915 hasta promedios de 1919. Biblioteca Obrera, "Informe de inspección de la Biblioteca Obrera", 1 de enero de 1911, "Estadística correspondiente al primer trimestre de 1915", "Estadística correspondiente al cuarto trimestre de 1915", "Estadística correspondiente al segundo trimestre de 1916", "Estadística correspondiente al tercer trimestre de 1916", "Estadística correspondiente al primer trimestre de 1917", "Estadística correspondiente al segundo trimestre de 1917", "Estadística correspondiente al cuarto trimestre de 1917", "Estadística correspondiente al año 1918", "Estadística correspondiente al primer trimestre de 1919", "Estadística correspondiente al segundo trimestre de 1919", <www.conabip.gob.ar/archivo_historico/>. Para una historia de los inicios de la biblioteca, véase Tripaldi (1997: 22-37).

⁵² *Boletín de la Biblioteca Obrera Juan B. Justo*, marzo-mayo de 1930, p. 14, octubre-diciembre de 1930, p. 3; Biblioteca Obrera Juan B. Justo (1943: 5). Véase también Biblioteca Obrera Juan B. Justo (1938: 8; 1940: 8; 1941: 8).

⁵³ *Federación*, julio de 1931, enero de 1932, mayo de 1933. La biblioteca no era reconocida por la Comisión Protectora.

importantes. Sin embargo, la asistencia gubernamental era siempre errática. La estructura de este sistema privado favorecía a las personas de mayores ingresos o con familiares dispuestos a sacrificarse, ya que solo quienes pagaban la cuota podían retirar libros y quienes no eran capaces de afrontarlas debían leer los libros en la biblioteca durante las escasas horas en las que permanecían abiertas. Por lo tanto, Buenos Aires contaba con un sistema decididamente desigual de bibliotecas, muy mal distribuidas a lo ancho de la ciudad. Es cierto que incluso un sistema de bibliotecas públicas habría sido relativamente desigual en su distribución geográfica; sin embargo, todos habrían tenido la misma oportunidad de usarlas y habrían permanecido abiertas durante más horas. Un sistema de subsidios más adecuado de las bibliotecas populares habría permitido que estuviesen abiertas más horas y que sus colecciones fueran más grandes.

Las razones del fracaso en la creación de un sistema más justo y más desarrollado de bibliotecas similares al sistema de escuelas públicas no son del todo claras. Pero ciertamente se debe en parte a los intereses personales del *establishment* político en el sistema existente. Lo utilizaban para crear y mantener bases políticas que los apoyaran. Necesitaban de un capital político. Al liderar o apoyar bibliotecas en particular, se identificaban con un barrio y lograban su lealtad. La creación de un amplio sistema de bibliotecas públicas o un sistema de financiación más completo y más justo habría disminuido el papel del político como intercesor necesario.

La naturaleza del sistema escolar resalta el dilema de quienes mantenían ambiciones políticas. Hacia la segunda década del siglo xx el sistema de escuelas públicas era una institución firmemente establecida. Tenía, es claro, limitaciones reales, pero al menos en Buenos Aires cumplía muy bien con las funciones básicas, alfabetizando e inculcando la idea de nación. Las maestras recibían con frecuencia sus puestos a través de los contactos políticos, aunque eso no era algo que pudiera hacerse público. Se rechazaba semejante esquema de patrocinio.⁵⁴ Por otra parte, el apoyo a las iniciativas privadas de las bibliotecas era algo de lo que los políticos podían darse crédito en forma pública.

El sistema escolar ayudó a crear un fuerte deseo por la lectura. Los libros se convirtieron en una forma importante de entretenimiento, a medida que el tiempo disponible para el ocio aumentó para el habitante promedio. La creencia en la posibilidad de una movilidad social ascendente, si no para uno mismo al menos para sus hijos, intensificó la demanda por los libros. La capacidad de mejorar, ya sea a nivel personal, barrial o incluso social, parecía depender de la educación, a través de canales formales o de la autoeducación. Los libros continuaban siendo demasiado caros como para que la mayoría pudiera hacerse de grandes colecciones personales; la única fuente potencial eran las bibliotecas, y el Estado no las estableció ni remotamente en la cantidad necesaria. Las bibliotecas populares ayudaron a llenar ese vacío, desempeñando un papel fundamental: proporcionaron un lugar para educarse, completaron las tareas escolares y funcionaron como importantes centros sociales.

Los elevados porcentajes de argentinos nativos entre los lectores de las bibliotecas populares parecen indicar que eran jóvenes –las cohortes más jóvenes tendían a ser nacidos en la Argentina–. El gran número de libros consultados de ciencia y ciencias sociales más la temprana edad de muchos de los lectores significa sin du-

⁵⁴ Horowitz (2008: 65-94).

das que las bibliotecas permitían a los estudiantes a realizar sus tareas escolares. A medida que el número de estudiantes secundarios aumentó, también lo hizo la necesidad de material de lectura. Así y todo, y en contra de los deseos de muchos de los fundadores de bibliotecas, el consumo de literatura popular era alto.

Las condiciones sociales de la época ayudan a explicar la naturaleza marcadamente masculina de los lectores, que la volvió atractiva para los políticos, ya que coincidía con quienes podían votar –varones nacidos en la Argentina mayores de 18 años–. Las bibliotecas necesitaban con frecuencia recursos más allá de los que los miembros promedio podían suministrar y, por ende, dependían de la ayuda de quienes estaban vinculados con el sistema político. Los políticos y los aspirantes a políticos usaron su capacidad para hacer uso del dinero y el poder del Estado de modo de asistir a las bibliotecas populares y a otras asociaciones cívicas vecinales y así hacerse de bases locales.

La falta de fondos adecuados para las bibliotecas refleja un problema mayor. Aunque la Argentina en las primeras décadas del siglo xx era un país próspero que crecía rápidamente en población e ingreso nacional, el Estado no construyó las instituciones para sostener ese crecimiento económico a largo plazo. Gran parte de esta debilidad se debe a la naturaleza del sistema político desarrollado en los años posteriores a la aprobación de la ley de reforma electoral de 1912. La estructura política dependía de intervenciones personales constantes antes que de mecanismos formales. Los políticos construyeron vínculos personales con instituciones populares creando una dependencia mutua. Esto ocurrió a pesar de una vigorosa red de asociaciones cívicas que la población creó para satisfacer sus necesidades. La ayuda externa los hizo depender de los políticos y del Estado. Las asociaciones cívicas no funcionaban como campo de entrenamiento para la democracia, sino como parte de un sistema político que dependía de las conexiones personales.

BIBLIOGRAFÍA⁵⁵

- ABELLÁ, Mario y LARRIQUE, Laura (1990). *Sistema nacional de bibliotecas públicas*. Montevideo: Instituto Nacional del Libro.
- ALTICK, Richard D. (1957). *The English Common Reader: A Social History of the Mass Reading Public 1800-1900*. Chicago: University of Chicago Press.
- ALMOND, Gabriel A. y VERBA, Sidney (1965). *Civic Culture*. Boston: Little Brown and Company.
- AMERICAN SOCIETY OF EDITORS (1929). *International Yearbook 1929*. Nueva York: Editor and Publisher.
- ARATA, Héctor F. (1987). *Villa Urquiza: Sus primeros cien años*. Buenos Aires: La Constancia.
- ASOCIACIÓN BIBLIOTECA POPULAR DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO (1930). *Memoria y balance período 1929-1930*. Buenos Aires: NP.
- (1936). *Memoria y balance período 1935-1936*. Buenos Aires: NP.
- (1937). *Memoria y balance período 1936-1937*. Buenos Aires: NP.
- (1941). *Memoria y balance período 1940-1941*. Buenos Aires: NP.
- ASOCIACIÓN LIGA DE FOMENTO VILLA GENERAL MITRE - BIBLIOTECA POPULAR MITRE (1933). *Memoria, ejercicio 1932-1933*. Buenos Aires: NP.
- BARD, Leopoldo (1957). *Estampas de una vida. La fe puesta en un ideal: "llegar a ser algo"*. Buenos Aires: Talleres Gráficos J. Perrotti.
- BARRANCOS, Dora (1991). *Educación, cultura y trabajadores, 1890-1930*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- BIBLIOTECA OBRERA JUAN B. JUSTO (1938). *Memoria 1938*. Buenos Aires: La Vanguardia.
- (1940). *Memoria 1940*. Buenos Aires: La Vanguardia.
- (1941). *Memoria 1941*. Buenos Aires: La Vanguardia.
- (1943). *Memoria 1943*. Buenos Aires: La Vanguardia.
- BIBLIOTECA POPULAR ALBERDI (1960). *Bodas de oro, 1910 - 8 de julio - 1960*. Buenos Aires: NP. Disponible en <<http://biblio-alberdi.blogspot.com/2009/03/nuestra-historia.html>>.
- BIBLIOTECA POPULAR DEL CENTRO DE CULTURA JUVENTUD ISRAELITA DE BOCA Y BARRACAS (1931). *Almanaque 1911-enero 1931*. Buenos Aires: Talleres Gráficos Cultura.
- BORAGNO, Susana (2005). "Los talleres ferroviarios en la geografía del barrio de Liniers", *Revista de Historia Bonaerense*, año XII, N° 28, pp. 55-59.
- BERMEO, Nancy y NORD, Philip (eds.) (2000). *Civil Society before Democracy: Lessons from Nineteenth-Century Europe*. Lanham: Rowman and Littlefield.
- BROCK, Herman G. (1919). *Boots and Shoes, Leather and Supplies in Argentina, Uruguay and Paraguay*. Washington: Government Printing Office.
- BUNGE, Alejandro E. (1940). *Una nueva Argentina*. Buenos Aires: Guillermo Kraft.
- CAMARERO, Hernán (2007). *A la conquista de la clase obrera: Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- CANE, James (2011). *The Fourth Enemy: Journalism and Power in the Making of Peronist Argentina, 1930-1955*. University Park: Pennsylvania State University Press.
- CATTARUZZA, Alejandro (ed.) (2001). *Nueva historia argentina*, vol. VII. Buenos Aires: Sudamericana.
- CEDRO, Juliana (2012). "El negocio de la edición: Claridad 1922-1937", Primer Coloquio Argentino de Estudios sobre el Libro y la Editorial. Disponible en <www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.1923/ev.1923.pdf>.
- COMISIÓN NACIONAL DEL CENSO (1916). *Tercer censo nacional, levantado el 1° de junio de 1914*. Buenos Aires: Talleres Gráficos de L. J. Rosso.
- COMISIÓN PROTECTORA DE BIBLIOTECAS POPULARES (1917). *Memoria de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, correspondiente a los años 1915 y 1916*. Buenos Aires: NP.
- (1933). *Nómina de bibliotecas populares que fomentó la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares*. Buenos Aires: NP.
- (1936). *Memoria 1935*. Buenos Aires: NP.
- (1937). *Memoria 1936*. Buenos Aires: NP.

⁵⁵ Todos los sitios de red incluidos en esta Bibliografía estaban accesibles al 29 de noviembre de 2017.

- (1938). *Nómina de las bibliotecas populares protegidas*. Buenos Aires: NP.
- (1941). *Nómina de las bibliotecas populares protegidas*. Buenos Aires: NP.
- (1942). *Ley, decreto, reglamento e instrucciones para bibliotecas populares*. Buenos Aires: NP.
- CONTARELLI, Luis (h.) (1953). *Acción de las entidades de bien público cultural y deportiva*. La Plata: NP.
- CÓRDOBA, Alberto O. (1968). *El barrio de Belgrano: hombres y cosas de su pasado histórico*. Buenos Aires: Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires.
- DE PRIVITELLI, Luciano (2003). *Vecinos y ciudadanos: política y sociedad en la Buenos Aires de entreguerras*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- y Romero, Luis A. (2005). "Organizaciones de la sociedad civil, tradiciones cívicas y cultura política democrática", *Revista de Historia*, año 1, N° 1, Mar del Plata, pp. 1-34.
- DEL PINO, Diego A. (1974). *El barrio de Villa Crespo*. Buenos Aires: Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires.
- DEPARTAMENTO NACIONAL DEL TRABAJO (1937). *Condiciones de vida de la familia obrera*, División de Estadística. Buenos Aires: NP.
- DIEGO, José L. de (2015). *La otra cara de Jano. Una mirada crítica sobre el libro y la edición*. Buenos Aires: Colección Scripta Manent.
- DI STEFANO, Roberto; SABATO, Hilda; ROMERO, Luis A. y MORENO, José L. (2002). *De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil*. Buenos Aires: Gadis.
- DI TELLA, Torcuato S. (2003). *Perón y los sindicatos: el inicio de una relación conflictiva*. Buenos Aires: Ariel.
- FALCÓN, Ricardo (ed.) (2000). *Nueva historia argentina*, vol. vi. Buenos Aires: Sudamericana.
- FELSENSTEIN, Frank y CONNOLLY, James J. (2015). *What Middletown Read: Print Culture in an American Small City*. Amherst: University of Massachusetts Press.
- FIORUCCI, Flavia (2009). "La cultura, el libro y la lectura bajo el peronismo: el caso de la Comisión de Bibliotecas Populares", *Desarrollo Económico*, vol. 48, N° 192, pp. 543-55.
- FOMENT, Carlos A. (2003). *Democracy in Latin America 1760-1900*. Chicago: University of Chicago Press.
- FRANCAVILLA, Cayetano (1978). *Historia de Villa Crespo*. Buenos Aires: edición del autor.
- GARCÍA, Eustasio A. (2000). "Historia de la empresa editorial en Argentina, siglo xx", en Cobo Borda, Juan G. (ed.), *Historia de las empresas editoriales de América Latina. Siglo xx*. Bogotá: CERLALC, pp. 15-104.
- GARCÍA PUERTAS, Yulima D. y BOTANA RODRÍGUEZ, Mirta C. (2006). "Las bibliotecas públicas cubanas en la etapa prerrevolucionaria", *Revista Cubana de Información en Ciencias de la Salud*, vol. 13, N° 6. Disponible en <http://bvs.sld.cu/revistas/aci/vol13_6_05/aci120605.htm>.
- GIMÉNEZ, Ángel (1938). "Que hacer de las horas libres. Una actividad útil para la mujer: su colaboración en las bibliotecas populares", *Vida Femenina*, N° 16, 15 de agosto, pp. 6-7.
- GONZÁLEZ, Ricardo (1990). "Lo propio y lo ajeno. Actividades culturales y fomentismo en una asociación vecinal, Barrio Nazca", en Armus, Diego (ed.), *Mundo urbano y cultura popular*. Buenos Aires: Sudamericana, pp. 91-128.
- GONZÁLEZ LEANDRI, Ricardo (2001). "La nueva identidad de los sectores populares", Cattaruzza, Alejandro (ed.), *Nueva historia argentina*, vol. vii, pp. 201-238.
- GORELIK, Adrián (2004). *La grilla y el parque: espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- GUTIÉRREZ, Leandro y ROMERO, Luis A. (1995). *Sectores populares, cultura y política*. Buenos Aires: Sudamericana.
- HARRIS, Michael H. (1995). *History of Libraries in the Western World*. Lanham, Md: The Scarecrow Press.
- HOROWITZ, Joel (1985). "Occupational Community and the Creation of a Self-Style Elite: Railroad Workers in Argentina", *The Americas*, vol. 42, N° 1, pp. 55-81.
- (1999). "Bosses and Clients: Municipal Employment in the Buenos Aires of the Radicals, 1916-30", *Journal of Latin American Studies*, vol. 31, N° 3, octubre, pp. 617-644.
- (2008). *Argentina's Radical Party and Popular Mobilization, 1916-1930*. University Park: Pennsylvania State University Press.
- (2014). "Football Clubs and Neighbourhoods in Buenos Aires before 1943: The Role of Political Linkages and Personal Influence", *Journal of Latin American Studies*, vol. 46, N° 3, pp. 557-587.
- (2017). "Soccer Clubs and Civic Associations in the Political World of Buenos Aires Prior to 1943", *Soccer and Society*, vol. 18, N°s 2-3, pp. 270-285.

- ÍNIGO CARRERA, Nicolás (2000). *La estrategia de la clase obrera (1936)*. Buenos Aires: La Rosa Blindada.
- LANDENBURGER, Jorge W. y CONTE, Francisco M. (eds.) (1890). *La Unión Cívica: su origen, organización y tendencias*. Buenos Aires: NP.
- LUPANO, María M. (2009). *La Gran Familia Industrial. Espacio urbano, prácticas sociales e ideología (1870-1945)*. Buenos Aires: Santiago Arcos Editor.
- LYONS, Martyn (1999). "New Readers in the Nineteenth Century: Women, Children, Workers", en Cavallo, Guglielmo y Chartier, Roger (eds.), *A History of Reading in the West*. Amherst: University of Massachusetts Press, pp. 313-344.
- MAGNANI, Rómulo (1942). *El agitador comunista no debe ser amparado por la ley de despido*. Buenos Aires: Rol.
- MINISTERIO DE GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES (1915). *Fomento y protección de las bibliotecas populares en el año 1914*. La Plata: Talleres de Impresiones Oficiales.
- MIRANDA, Arnaldo I. A. (1996). *Las bibliotecas públicas municipales de la Ciudad de Buenos Aires*. Buenos Aires: Cuadernos de Buenos Aires.
- NAVARRO, Marysa (1981). *Evita*. Buenos Aires: Corredor.
- NEWTON, Jorge (1968). *Historia del Club Atlético Huracán, 1908-1968*. Buenos Aires, NP.
- NIGRO et al. (1932). "Subvenciones a bibliotecas populares", Cámara de Diputados, 22 de septiembre. Disponible en <<http://apym.hcdn.gob.ar/uploads/expedientes/pdf/600-d-1932.pdf>>.
- PAN AMERICAN UNION (1930). *Cuban Books and Libraries*. Library and Bibliography Series, N° 4. Washington: US Government Printing Office.
- PIÑERO, Elena (2007). "Los radicales antipersonalistas. Historia de una disidencia, 1916-1943", tesis de doctorado, Universidad Torcuato Di Tella.
- PUTNAM, Robert D. (1993). *Making Democracy Work: Civic Traditions in Modern Italy*. Princeton: Princeton University Press.
- (2000). *Bowling Alone: The Collapse and Revival of American Community*. Nueva York: Touchstone Books.
- S./A. (1939). *Quién es quién en la Argentina*. Buenos Aires: Guillermo Kraft.
- RILEY, Dylan (2010). *The Civic Foundations of Fascism in Europe*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- ROLERO, Graciela L. (2001). "Sociedad de Fomento y Biblioteca Popular Sarmiento", Jornada sobre Gestión de las Organizaciones de la Sociedad Civil. Disponible en <www.gestionsocial.org/archivos/00000301/Rolero,_Graciela.pdf>.
- ROMERO, Luis A. (2006). "La política en los barrios y en el centro. Parroquias, bibliotecas populares y politización antes del peronismo", en Korn, Francis y Romero, Luis A. (eds.), *Buenos Aires/entreguerras. La callada transformación, 1914-1945*. Buenos Aires: Alianza, pp. 33-57.
- ROTH, Guenther (1963). *The Social Democrats in Imperial Germany: A Study in Working-Class Isolation and National Integration*. Totowa, NJ: The Bedminster Press.
- ROVERE Y ODDINO, Liberia y Cocchi, Edgardo (1934). *Aspiración: libro de lectura para primer grado inferior*. Buenos Aires: Kapelusz.
- SABATO, Hilda (2001). *The Many and the Few: Political Participation in Republican Buenos Aires*. Stanford: Stanford University Press.
- SARLO, Beatriz (2003). *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- SCOBIE, James R. (1974). *Buenos Aires: Plaza to Suburb, 1870-1910*. Nueva York: Oxford University Press.
- STEARNS, Peter N. (1975). *Lives of Labor: Work in a Maturing Industrial Society*. Nueva York: Holmes and Meier.
- TOCQUEVILLE, Alexis de (2000). *Democracy in America*, Henry Reeve (trad.). Nueva York: Bantam Classics.
- TRIPALDI, Nicolás (1997). "Origen e inserción de las bibliotecas obreras en el entorno bibliotecario argentino", *Librería*, vol. 1, N° 1, pp. 22-37.
- UNIVERSIDAD POPULAR FLORENTINO AMEGHINO (1941). *La Universidad Popular Florentino Ameghino en su xv aniversario*. Buenos Aires: NP.
- VICIEDO VALDÉ, Miguel (2006). "Breve reseña sobre la biblioteca pública en Cuba antes de 1959", *Revista Cubana de Información en Ciencias de la Salud*, vol. 14, N° 1. Disponible en <http://scielo.sld.cu/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1024-94352006000100010>.

RESUMEN

Durante las primeras décadas del siglo xx los habitantes del Gran Buenos Aires establecieron una multitud de asociaciones cívicas –incluidas las bibliotecas populares–, en gran medida para satisfacer las necesidades que el Estado no había proporcionado. Esas asociaciones cívicas se convirtieron en parte de un sistema político en evolución. El gran crecimiento del número de bibliotecas populares coincidió con la apertura del sistema político en 1912, cuando por primera vez los votantes eran importantes. Los porteños mostraban un gran deseo de leer, tanto por el placer como por el tema práctico, ya que era una manera de tener movilidad social.

Para saciarse su gran hambre por la lectura, establecieron un gran número de bibliotecas populares que funcionaron como asociaciones cívicas. Las bibliotecas eran casi todas muy deficientes, con pocos libros, un horario muy limitado y una preferencia por los socios pudientes que pagaron cuotas para poder llevar los libros a casa. Las bibliotecas no eran, como algunos habían imaginado, escuelas para la democracia, sino que fueron utilizadas por los políticos de todos los partidos como un modo de construir bases locales, lo cual puede explicar, en parte, la notable falta de vigor para formalizar aquel sistema de bibliotecas.

SUMMARY

In the first decades of the twentieth century the inhabitants of greater Buenos Aires created a multitude of civic associations, including popular libraries, in large part to satisfy needs that the state had not met. These civic associations became part of an evolving political system. The growth of the popular libraries coincided with the 1912 opening of the political system when voters became truly important. Porteños displayed a tremendous desire to read, both as a pleasurable pastime but also as a means of achieving upward mobility. To

partially satiate their hunger for books, residents created an impressive number of popular libraries that functioned as civic associations. Popular libraries were on the whole inadequate, having few books; open few hours and only paying members could take books home. The libraries did not function, as some have hypothesized, as schools for democracy but were used by politicians of all political parties as a means to create local bases which can help explain why no major effort was made to formalize the system.

REGISTRO BIBLIOGRÁFICO

HOROWITZ, Joel

"Las bibliotecas populares como asociaciones cívicas. El papel de las bibliotecas en la creación del ambiente político y social del Gran Buenos Aires anterior a 1945". *DESARROLLO ECONÓMICO – REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES* (Buenos Aires), vol. 58, N° 226, enero-abril 2019 (pp. 373-398).

Palabras clave: <Asociaciones cívicas> <Bibliotecas populares> <Buenos Aires> <Barrios> <Partidos políticos>.

Keywords: <Civic associations> <Popular libraries> <Buenos Aires> <Neighborhoods> <Political parties>.